

XXV PREMIO LITERARIO TAURINO DOCTOR ZUMEL 2013

Tema:

EL PREMIO TAURINO DOCTOR ZUMEL EN SU 25 ANIVERSARIO
PERSPECTIVAS DE FUTURO DE LA FIESTA DE LOS TOROS

Título:

MALA SALUD DE HIERRO

Primer premio

Por Adrián Martín-Albo

SUMARIO:

<i>Preámbulo: El futuro</i>	1
A) RAZONES DE LOS PESIMISTAS:	3
1.- Los talones de Aquiles de la Fiesta	3
1.1. Lo políticamente correcto	4
1.2. La dispersión normativa. Las Tauroautonomías	6
2.- El complejo toro-torero-público	8
2.1. El Toro	8
2.2. El Torero	10
2.3. El Público. Sol y moscas	11
3. El espectáculo taurino	13
3.1. La suerte de varas. Café para todos	14
3.2. Consideraciones a una encuesta	16
4.- El negocio taurino	17
5.- La seudofiesta. Los festejos indignos	20
6.- La defección de los jóvenes. El tirón icónico	22
7.- Neoantitaurinismo	24
8.- La Fiesta y los medios de difusión	25
B) RAZONES DE LOS OPTIMISTAS.	27
Cultura y jurisdicción	27
Epílogo	28
FIN	30

PREÁMBULO: El futuro

“Subsistirán las corridas de toros mientras exista en el alma hispana ese anhelo de lo pintoresco, del espectáculo brillante y movido, esa apreciación del color y esa propensión a la alegría”. B. Pérez Galdós

Es obvio que el pasado no se puede rectificar, el presente depende de nosotros y el futuro no es sino imaginación. Así, haremos bien en abandonar todo intento de emular a los profetas para, en su lugar, proceder a un estudio pormenorizado de las circunstancias con tal de responder a la convocatoria planteada en este **XXV Premio Literario-Taurino Doctor Zumel**, que hogaño celebra un espléndido cuarto de siglo en calidad del más prestigioso de los Premios literarios taurinos. Enhorabuena.

Don Mariano puede estar orgulloso de los continuadores de su legado.

La predicción del futuro es un anhelo ferviente de la Humanidad en todas las épocas. Emitir un vaticinio certero, cualquiera que sea la materia, se halla fuera del alcance de los menguados recursos humanos. El hombre no ha podido jamás desvelar el desasosegante arcano ni si quiera a corto plazo. Siempre acecha la sombra del fracaso. Con ello pretendemos dejar establecido que cualquier intento de desentrañar el futuro, ya se trate de la suerte de la Fiesta de toros ya de cualquier otra actividad humana, está condenado al fracaso a menos que la *veleidosa* haga sentir su aliento tan poderoso como azaroso.

Como toda obra humana, la Fiesta de toros es imperfecta dado que se basa en un arte efímero reacio a normas y corsés de cualquier tipo. De ahí que se halla trufada de errores, despropósitos, insuficiencias y aberraciones. Hoy, atribulada por muchos y malaventurados factores, se ve sumida en un claro declive. Se diría que, desde ese punto de vista, la Fiesta presenta un pronóstico incierto, acaso infausto, tanto más cuanto que nadie ha tomado las medidas protectoras y correctoras oportunas. En efecto, nadie que se sepa, ha reparado en luces rojas ni en timbres de alarma en el entorno de los diferentes estamentos concernidos.

No obstante, la Fiesta ha sabido salir siempre airosa de graves apuros y trances tal como la hostilidad del antitaurinismo, el advenimiento de la democracia, la Comunidad Europea o los movimientos ecologistas. Apenas ha precisado defensa porque se ha defendido sola toda vez que se halla animada y arraigada en el espíritu hispánico y porque cuenta con el apoyo y seguimiento de una sociedad amante de sus tradiciones. Sorprende que haya llegado al s.XXI portadora del grado de salud suficiente para mantener el tipo, al menos en las grandes ferias, un auténtico alarde de vitalidad, espejo en que se mira la afición de otras naciones.

En pueblos y ciudades menores, la crisis económica se ha llevado por delante el endeble parcheado de muchas subvenciones oficiales en forma de drásticos recortes con paralela reducción de festejos o sustitución por modalidades menos gravosas y de menor categoría. En incontables lugares de la *Piel de Toro*, la esencia se ha logrado mantener gracias al poderoso reclamo y atractivo de la otra modalidad, la espuria o **seudofiesta**, no por demandada más digna pero que cuenta con el beneplácito masivo del pueblo.

Diríase que la tauromaquia adolece de una **mala salud de hierro**. Bien mirado, no deja de ser milagrosa su pervivencia milenaria. Es muy dudoso que exista otra actividad lúdica humana tan vulnerable a la par que tenaz. Cabe deducir que, pese a su vulnerabilidad, la Fiesta se halla dotada de eficaces anticuerpos al punto que no es aventurado calificar de halagüeñas sus perspectivas de futuro.

El claro y progresivo declive (en 2012 advino una reducción del 12,8% de festejos respecto a 2011) iniciado hace lustros puede sintetizarse de modo telegráfico en la siguiente secuencia: selección inapropiada del toro - pérdida de casta - lidia inane – obsoleto planteamiento comercial – eclosión de la crisis económica – retraimiento del público - reducción de subvenciones - antitaurinismo oportunista – disminución del número de espectáculos – adinamia y colapso del sistema. Repárese que la mayoría de los factores son ajenos a la voluntad del aficionado. La crisis económica ha dejado a la intemperie un núcleo deteriorado dependiente de la subvención e incapaz de subsistir por sí mismo. En cambio, es sorprendente el gran aumento de toreros censados en el año 2012.

José M^a de Cossío ya reparaba en “*la nube negra de pesimismo que se cierne sobre la Fiesta*”, si bien proseguía: “*jamás me dejé impresionar por estos siniestros augurios porque la Fiesta, como todo lo que está vivo y palpitante, tiene sus altibajos, sus baches*”. Y concluía: “*La Fiesta sigue*”. Por su parte, **Díaz-Cañabate**, aseguraba: “*La Fiesta difícilmente llegará al Siglo XXI*”. Sin embargo, ya hemos sobrepasado el primer decenio de la nueva centuria y, aun cuando acosada por nuevos enemigos que ni Cossío ni Cañabate llegaron a intuir, la Fiesta continúa su andanza vital.

F. Claramunt apunta que para sobrevivir es preciso haber vivido. La polémica, fiel compañera, demuestra precisamente la vitalidad de la Fiesta. Sólo se discute sobre aquello que concita nuestro interés. Como tantas cosas, la Fiesta que divide a los españoles (¡ay! si no lo hiciera) ha sobrevivido a multitud de avatares, así las prohibiciones de toda índole o bien las depresiones subsiguientes a retiradas o muerte de toreros que indujeron a muchos aficionados a abandonar los cosos. Por su parte, **Hemingway**, un suicida, condicionaba la pervivencia de la Fiesta a dos circunstancias: *que se críe el toro bravo y que la gente muestre interés por la muerte*.

En efecto, la Fiesta ha sobrevivido gracias a la presencia ancestral del toro bravo en los campos de Iberia. El toro es, a la vez que *conditio sine qua non*, un estupendo saco ambulante de proteínas de la mejor calidad con que el celtíbero daba cumplida satisfacción a su sustento. La única dificultad estriba en que hay que dar caza y muerte al animal. De ahí surgió el toreo, ese terrible alarde, ese juego atávico que **Unamuno** calificaba de *cavernario bisonteo* y situaba cronológicamente *antes de Adán*. Después vendrían el culto a la estética, la majeza, la gallardía, el arte, el valor y demás potestades del toreo.

En cuanto al aspecto cronológico, **A. De Foxá** aseguraba: “*el toreo es intemporal, un drama de capa y espada en el siglo de la exploración espacial. Cuando un espada brinda a una bella mujer de pecho anhelante la muerte de un toro, revive un piropo de hace veinte mil años*”. Del mismo modo, **Luis Miguel** confesaba sentirse ridículamente anacrónico, enfundado en un ropaje atrabiliario y grotesco, cuando un avión a reacción trazaba su estela sobre el coso.

Así las cosas, la emisión de un pronóstico sobre el futuro de la Fiesta se antoja labor ardua. Procede, pues, un análisis de aquellos puntos vulnerables que podríamos denominar **Talones de Aquiles**. Al plantearnos las perspectivas de futuro adoptaremos un esquema bien simple: **Pesimistas o Agoreros y Optimistas**, bien entendido que un pesimista no es otra cosa que un optimista bien informado.

A) RAZONES DE LOS PESIMISTAS.

1.- LOS TALONES DE AQUILES DE LA FIESTA

“No basta con ir a los toros en España. Hay que ir a buscar a España en los toros”.

P. Gibson Parra (Perú)

La suerte de España y de la Fiesta corren paralelas; sus destinos marchan unidos de modo indisoluble. Es por tanto fácil de entender que las perspectivas de futuro de ésta dependen en gran manera de las de la Nación. En otras palabras, la deseable reestructuración de la tauromaquia y sus postulados pasa necesariamente por la de España. Ello es así porque la Fiesta es de España, es España, o mejor Hispania, entidad supranacional de aquende y de allende el Océano, en la que se halla profundamente arraigada y representada en un todo consustancial.

En el momento actual, ambas, España y la Fiesta, se ven afectadas por la malhadada crisis, fenómeno que, entre otros efectos, ha acarreado la fractura socio-político-económica (triple talón de Aquiles) y, con ello, el quebranto profundo de la Fiesta. En este sentido, es necesario un rearme moral y ético, mas no es éste momento ni lugar para abordar tan profundo e inquietante problema.

No obstante, para muchos, no es aventurado afirmar que la Fiesta acaso no precise de una reestructuración radical so pena de perder su prístina pureza. España, sí. No en balde, la Fiesta ofrece una triple y diabólica combinación en sus facetas trágica, estética y morbosa, un complejo subyugante, reacio a correcciones y modificaciones que no es sino el secreto a voces de su perdurabilidad.

Por su parte, *la malherida* España, pese a que nos la pusieron *pobre, escuálida y beoda* como quiere **Machado**, no deja de ser un hueso duro de roer. Preferible sería la igualmente machadiana *España de charanga y pandereta* que hace del ancestral culto mediterráneo una filosofía y un estilo de vida, que rinde culto al arte, la gallardía y la majeza, y es, en fin, el solar donde crece el toro bravo como fruto natural de la tierra ¿Perecerá alguna vez una nación animada de tales componentes? ¿Fenecerá ese hermoso legado recibido de la Historia?

Hasta épocas recientes se decía que contra los toros nadie podría nada sino los toros mismos toda vez que los enemigos más tenaces no eran en absoluto los de fuera sino los intrínsecos a modo de **quinta columna**: malos toros, peores toreros, pésimos aficionados, horribles gestores, presidentes ignaros, críticos venales, una reglamentación tan rígida como errática y voluble, incluso contradictoria entre Comunidades, el folclorismo, el tipicismo populachero, violento y mostrenco y, en fin, la seudofiesta.

Aún cabe añadir **vicios, fraudes y lacras** de la lidia, el afeitado, las caídas de los toros, la pérdida de autenticidad, la carestía del espectáculo, etc, fenómenos que poseen fuerza negativa suficiente para, de no hallarse una solución eficaz, dar al traste con la Fiesta secular por un simple proceso de degradación.

Por último, la afición ha de enfrentarse a la arbitraria y mostrenca **politización**, es decir a la manipulación por los políticos, unos señores ajenos a la Fiesta que no les cabe en la cabeza el derecho que nos asiste a los aficionados. No pretendemos que los toros satisfagan a todos ni que todos asistan al espectáculo público taurino, sólo deseamos libertad, nuestra libertad para acudir, o no, al coso.

1.1.- LO POLÍTICAMENTE CORRECTO.

A la citada quinta columna hay que sumar nuevos y poderosos enemigos extrínsecos en forma de ideas políticas contra las que la Fiesta parece inerme. Hemos asistido al interesado fenómeno de la politización de toda actividad humana y de ahí a la creación del concepto de *lo políticamente correcto*, nuevo ídolo al que se sacrifican muchos propósitos, iniciativas y buenos deseos.

Así, ciertos sectores políticos centrifugos, aliados a otros autodenominados progresistas, han decidido que la Fiesta no es políticamente correcta. Consecuentemente, estiman que se puede renunciar a ella, incluso aniquilar sin remordimiento alguno, pese a su carácter histórico, tradicional, popular y aun cuando los premios en la plaza se conceden por votación pública y democrática, es decir pañuelo a mano alzada ante un *usía* que vigila el cumplimiento del deseo mayoritario de los espectadores.

El desvarío de estos políticos les lleva a identificar la Fiesta con el casticismo y reaccionarismo al *noeliano* modo y aún con *residuos de la España vieja y negra del franquismo (i)*, fruto del subdesarrollo de tal modo que, deducían, quedaría barrida por la democracia y una sociedad más próspera. Pero los toros no son de derechas ni de izquierdas (**A. Amorós**), no son fruto de la incultura, de la barbarie ni la irracionalidad sino del pueblo, parte de su cultura. De ahí la tenacidad y resistencia a su demolición. Tal como arguye **F. Benzo Sáinz** (Educación, Cultura y Deporte) “*hay que dejar a un lado la utilización política, el debate interesado, la manipulación maniqueísta y la distorsión simbólica*”.

En el momento actual nos hallamos ante una situación nueva: hay quien pretende convertir la tauromaquia en argumento de enfrentamiento político-ideológico, en *ideología susceptible de votación (F.del Arco)*, apreciación mendaz porque es mucho más que mera ideología y dogmatismo. Sin embargo, la irrupción del concepto de lo políticamente correcto puede comprometer seriamente su existencia en la medida en que todo depende de una urna, unas papeletas y una voluntad torpe o ignara. De hecho, invocando pulcros preceptos democráticos, los toros se han abolido en **Barcelona y San Sebastián**, dos de las ciudades españolas más hermosas, cultas y cosmopolitas, limítrofes con Europa y dotadas ambas de densa tradición taurina. En **Galicia**, ignorando **La Coruña y Pontevedra**, aseguran que la fiesta de toros es ajena a la cultura galaica. Para nada se ha consultado a la afición local. Claro e inicuo atropello bien que el plumero sectario se deja ver en la impúdica protección de espectáculos indignos como *sokamuturra y correbous*.

El gesto de llevar al Congreso la votación de una Iniciativa Legislativa Popular para blindar la Fiesta en calidad de *Bien de Interés Cultural*, ha deparado a los aficionados una ingrata sorpresa toda vez que la votación ha pasado solamente con el apoyo de tres partidos políticos y la vergonzosa abstención de otro que, pese a ostentar la E de español, ha antepuesto su mezquino interés partidista al interés común nacional.

La indeseada politización hará que la última palabra sea siempre la del gobierno de turno que, en el caso de los nacionalistas, se situará en el polo negativo. Tras la prohibición en **Barcelona**, de poco ha servido la colecta de 600.000 firmas (de las que no menos de 150.000 procedían de Cataluña) a favor de la anulación de la inicua ley abolicionista toda vez que ha de decidir un alto Tribunal... *ad calendas graecas*. En tanto el aficionado solamente recibirá bonitas frases y solemnes manifiestos.

La Fiesta pierde en manos de políticos toda vez que admitirán cualquier propuesta inane con tal que aporte un puñado de votos, pero la Fiesta no es inane en absoluto. En sus manos, sería manipulada a su antojo y encaminada hacia sus objetivos partidistas y gurruminos. Así ha ocurrido con la celebración de referendos para prohibir el acceso de los niños a las plazas y más tarde la abolición de las corridas. Todo muy legal y muy democrático en tanto que viene refrendado por un democrático puñado de democráticos votos, bien que en modo alguno representativos puesto que no se ha consultado a los aficionados.

Consideramos que, del mismo modo que **Montesquieu** separaba rigurosamente los poderes públicos, la afición haría bien en rechazar la más mínima veleidad política. De ahí que debe preservarse limpia de toda contaminación y por encima de ideologías. Se trata de un espectáculo donde se manifiestan conceptos eternos como el valor, el arte y la tradición. De hecho, en los tendidos se dan cita pacíficamente todas las ideas y todos los estamentos sociales, desde el más altivo burgués al más humilde menestral.

De otro lado, las Administraciones públicas, cualquiera que sea su orientación política, jamás han destacado en el fomento de la tauromaquia. Muy al contrario, suelen mostrar un casi total desinterés, cuando no repulsa, en especial en aquellos foros centrífugos que ven en la Fiesta una manifestación del alma hispana. Fiel ejemplo del desinterés administrativo es el **enfundado de las astas**, tema analizado en el **XXII Premio Zúmel** (2010) sobre el cual la afición demanda aclaraciones perentorias y pertinentes. Sin embargo la Administración aún no se ha pronunciado en ningún sentido.

En **Francia** cuentan con una afición seria y exigente gracias a la imaginación de los empresarios y al esfuerzo de autoridades y aficionados. Así, con un par de decisiones directas, sin recurrir a legalismos de dudosa eficacia, han resuelto el problema del afeitado. La afición gala jamás caerá en la trampa de someter a votación la pervivencia de las corridas de toros porque al celebrarse exclusivamente en la franja sureña del **Midi**, los votos negativos procedentes de la Francia europeísta norteña excederían con mucho a los positivos. Por la misma razón, arguyen nuestros vecinos, y con mayor motivo, no se debe permitir el acceso de los políticos a la gestión-administración de la Fiesta. “*Sería suicida*”, apostilla **Francis Wolff**.

Ligado a lo político se halla la admisión de los toros por el **Ministerio de Cultura**, hecho presentado a bombo platillo, si bien para **A. Amorós**, el asunto no ha ido más allá del *parto de los montes*. Hay quien se ha mostrado indiferente, quien se ha encandilado creyendo ver la solución a todos los males y, en fin, quien cree ver una vulgar engañifa. Se aseguraba que Cultura asumiría la *promoción y fomento de la actividad taurina así como el registro de profesionales*. De la primera actividad, el aficionado aún no ha percibido señal alguna, en tanto que la segunda no pasa de mero trámite burocrático.

Sin embargo, el BOE (10/X/2012) ordenó la vuelta de Cultura a Interior. Al parecer, tamaña inconsecuencia se debe “*a la dificultad de asumir las competencias, a la lenta gestión de los Registros por parte de Interior y en beneficio de los principios de publicidad, transparencia y certeza*”, parrafada con ínfulas de larga cambiada que deja perplejo al personal por su petulante y necio tonillo burocrático y por su falta de respeto a la más nacional de las fiestas.

1.2.- LA DISPERSIÓN NORMATIVA. *Las Tauroautonomías*

No parece sino que la tauromaquia fuera una patata caliente incapaz de parar en mano alguna, de tal modo que se ve sumida en una multidependencia perniciosa. Sobre la misma se ciernen varias Autonomías y Departamentos: Interior, Cultura, Sanidad, Agricultura, Consumo. Está claro que precisa de un organismo rector único, autónomo y específico, una especie de **Instituto Nacional de Asuntos Taurinos** despojado de toda connotación política y destinado a aglutinar y regir todos los aspectos de la Fiesta; un organismo que elabore un texto único, una nueva regulación acorde con los tiempos y la realidad del espectáculo que proteja su esencia, su pureza y autenticidad; un organismo dedicado no sólo al fomento, promoción y regulación, sino también a la supervisión y prevención del fraude sino también a la conservación del ganado bravo y otros aspectos en modo alguno marginales, como la labor de proselitismo juvenil. De otro modo, se perderá en el proceloso océano de la dispersión.

Recuérdese que la **Ley Corcuera** (*Fomento de la cultura y la pureza de la Fiesta. 1991*), derogada en 1.996, entendía que corresponde al Estado su protección, siendo así que de todos los problemas que amenazan a la Fiesta no es el menor el planteado por las **Comunidades Autónomas**. El Gobierno debe reservarse la normativa taurina toda vez que representa un patrimonio cultural, histórico, ecológico, artístico, arquitectónico, incluso biológico, único.

En modo alguno hemos de considerarnos afortunados porque contamos con diecisiete banderas, otras tantas normativas de caza, burocracias para empresas o estudios universitarios, calendario de vacunación infantil y quién sabe si diecisiete reglamentos taurinos. En su momento se cometió el grave error, propio del desconocimiento de la realidad, de traspasar la totalidad del paquete de espectáculos sin detenerse a considerar que los toros constituyen algo especial, digno de trato singular. Se trata de un error inasumible e insostenible que vino de la mano del mito de la descentralización con manifiesto desdén por la afición. Flaco favor se le hace a una Fiesta digna y tributaria de poseer un organismo central en su condición de *primer espectáculo español*, en el sentir de **M. Machado**.

Sin duda, el propósito descentralizador aplicado a la Fiesta no se le ocurriría al peor detractor ya que da pie a la **dispersión normativa**, uno de sus enemigos internos más tenaces y peligroso por solapado que viene a agravar la nefasta multidependencia. Entre otras cosas, la transferencia de las competencias taurinas propició la desaparición de la **Comisión Consultiva Nacional de Asuntos Taurinos**, organismo que, pese a sus insuficiencias, al menos venía a representar indicios de la anhelada centralización. Con ello, la Fiesta no ha ganado nada y revela hasta dónde puede llegar el nefasto influjo de la política en la reglamentación taurina dispersa, incierta, errática y, según los casos, contradictoria en la que, además, se obvian criterios de pureza, derechos del público y medidas antifraude.

El prestigioso jurista **Tomás R. Fernández** (véase "*Caireles*" nº 31, edit por **F.del Arco**) aplica el nombre de **Tauroautonomías** a cinco de estas instituciones que, en virtud de la plena competencia de las Comunidades Autónomas en materia de espectáculos, han elaborado sus propios reglamentos de modo tan precipitado como inconsciente.

Tratándose de un espectáculo que debe responder a un patrón común no es admisible bajo ningún criterio la existencia de varios reglamentos. Ello crea confusión y da al traste con la unidad conceptual exigible en su calidad de patrimonio histórico-cultural de la nación. Las consecuencias no se han hecho esperar: ha resucitado la antigua autorización gubernativa, han eclosionado diferencias inexistentes, han multiplicado los Registros de profesionales, han alterado la responsabilidad de ganaderos y empresarios; incluso, se han dictado normas diferentes para tomar la alternativa.

Es posible que desde el punto de vista político-administrativo la división autonómica sea la idónea, sin embargo el porte reduccionista y atomizador es incompatible con la vocación supranacional de la Fiesta de toros, vigente en las Hispanias cis y transatlánticas, en Portugal y el Midi galo.

Con el criterio descentralizador, las Autonomías promulgaron sus propios reglamentos, generando un aluvión de decretos y normas de tinte local y contribuyendo a crear el caos donde debe imperar la firmeza unívoca. En casos concretos se crearon nuevas **Consejerías** movidas por criterios subjetivos, localistas o personalistas que en nada beneficiaban a la tauromaquia. En otros casos se limitaron a copiar el modelo central, bien que matizado por ciertas novedades sin otro valor que el puramente anecdótico y localista, como la utilización de banderillas con los colores vernáculos. En cambio, pasaron de puntillas sobre otros aspectos de importancia.

Hoy la Fiesta se halla regulada por una normativa básica de ámbito pretendidamente nacional bien que reformada por sucesivos decretos autonómicos. En general se pretende respetar los principios de orden público, seguridad ciudadana y prohibición del maltrato a las reses, cosa ciertamente loable, aunque ello conduce a la inevitable aparición de abundantes normas regionales, disolventes del espíritu nacional.

Por el momento existen cinco Reglamentos que regulan por separado aspectos importantes como las Escuelas taurinas, las plazas portátiles, la organización de corridas y novilladas, asistencia de menores, cronología de los avisos presidenciales (en Andalucía suena el primer aviso a los 5 minutos de entrar a matar), número de orejas requeridas para la salida a hombros, dato que induce al agravio comparativo entre los matadores y a las estadísticas inexactas, amén de los aspectos relativos al toro desde el punto de vista veterinario (actitud ante los pitones astillados, responsabilidad del ganadero), etc.

Por su parte, los Reglamentos taurinos, no rara vez exhaustivos y profusos, constituyen en determinados apartados un texto prolijo, difícilmente digerible y escasamente operativo. Únase a ello el tufillo claramente coercitivo e inquisidor y el hecho de que cada Comunidad pretenda imponer su propio reglamento y estaremos echando paletadas de arena en el motor de la Fiesta.

Está claro que la Fiesta no puede esperar nada de la política y los políticos. El Estado debe asumir las competencias reglamentarias de los espectáculos taurinos del mismo modo que debe asumir otros importantes aspectos sociales como la educación, la sanidad o la Hacienda. La promulgación de un texto único y coordinado ha de acometerse sin demora. Es imperativa la coordinación entre las Comunidades Autónomas y el Estado, considerando, si procede, determinadas singularidades optativas.

2.- EL COMPLEJO TORO – TORERO - PÚBLICO

Sobre el complejo toro-torero-público, trípode en que asienta la Fiesta y notable talón de Aquiles, reposan la mayoría de los vicios, defectos y perversiones de la misma. Preciso sería dedicarle a cada uno de estos elementos un estudio riguroso y pormenorizado que excedería los límites de este trabajo. El profundo cambio experimentado en la identidad de la Fiesta viene dado por la sustitución en los gustos del público del elemento toro por el elemento torero. Lo que antaño era sustancial, hoy es accesorio. ¿Se trata de un signo de evolución o bien de degradación, como suponía **Ortega y Gasset**?

Veamos cada uno de estos elementos en tanto que factores pronósticos de la suerte de la Fiesta

2.1. EL TORO.- “La linfa ha sustituido al nervio, la carne no halla el sostén de la casta” (**G. Sureda**)

El toro, eje y pivote, depositario del alma de la Fiesta, juega un papel determinante en su futuro. Para el pintor y buen aficionado **E. Arroyo** el toro ha de transmitir *sensación de peligro, riesgo y ese especial flirteo con la muerte y el drama que caracteriza la Fiesta*. Hoy falla este elemento básico en la medida en que se halla desprovisto de casta y fiereza. Es decir, no muestra fiereza o no transmite sensación de riesgo. Carente de esas circunstancias, el toreo se convierte en pura caricatura.

La selección practicada al dictado de exigencias atípicas ha llevado a este extremo. En aras de un concepto equívoco y ambiguo como el de la *toreabilidad*, se ha mezclado agua con el vino de la casta, según acertada metáfora de **Domingo Ortega**, haciendo imposible la reversión. Se ha buscado *el toro comercial, colaborador, cómodo para el torero, que no moleste (¡), que sirva para cien mulatazos*, dicho con gracejo: *el carretón, el bombón, la burra tonta, la tonta del bote*. De este modo se ha llegado al toro *estándar, aparente, decadente, rajado, mortecino*, portador de una suavidad rayana en la mansedumbre. Consecuentemente, gran parte de las corridas, de la mano de una lidia monótona y trivial, devienen soporíferas.

La emoción es un elemento primordial del espectáculo taurino, consecuencia de la sensación de riesgo derivado de la agresividad y fiereza del toro. El toro de hoy adolece de estas condiciones, circunstancias que inciden muy negativamente sobre la lidia, ayuna de emoción, tal si se sometiera a la misma un animal doméstico. En este sentido, es grotesca la idea que otorga al animal condiciones anímicas, sensitivas, sensoriales e intelectuales propias de humanos, de suerte que la agresión a los animales merece en el sentir de algunos el calificativo de *antihumana*.

La solidez de la Fiesta descansa en el toro, en su casta, su bravura, su fortaleza, condiciones acaso destruidas desde dentro por los propios taurinos guiados por intereses mezquinos y cortedad de miras. “*Todo cuanto se haga al toro auténtico encierra mérito, riesgo y belleza. Sin toro, la Fiesta se reduce a un circo o una mojiganga*” (**A. Amorós**). No hay duda que el declive de la Fiesta coincide con la pérdida de casta y fiereza del toro, y ésta a su vez con la errónea selección. La lidia sufrió un amaneramiento esterilizante; con ello comenzó a decrecer el interés de las gentes y la recaudación en taquillas. Solamente se mantienen las grandes ferias, en tanto que en pueblos y ciudades menores, la Fiesta subsistía casi exclusivamente gracias a las subvenciones, camino seguro hacia el falseamiento.

Se calcula que el toro realmente bravo, fiero y codicioso no supera la quinta parte de los lidiados. Se ha llegado a un punto de máxima adaptabilidad al toreo moderno en detrimento de la fiereza. Bien es verdad que todo toro tiene su lidia, cosa prácticamente olvidada. De otro lado, no rara vez auténticos toros bravos se van inéditos al desolladero por incompetencia del lidiador o por un castigo desmedido en varas. Pero no sólo ha de ser bravo, también ha de hallarse sano, pujante e íntegro, en su punto de máximo desarrollo biológico y no sometido a manipulaciones. Sin embargo, en las crónicas aparecen con harta frecuencia los calificativos de *flojo, descastado, mular, deslucido, mal presentado, chico, anovillado*, etc.

El Niño de la Capea declara: “*El toro de hoy es previsible, cosa que le resta emoción a la lidia porque no estimula a la gente, no le llega al alma ni muestra la verdadera importancia de lo que se le hace*”. En cuanto a la monotonía genética: “*Ahora puedes arrancar en Fallas y acabar en el Pilar con la misma ganadería... eso puede ser rentable en lo que a orejas se refiere pero a la larga no es bueno para la Fiesta porque las faenas son calcadas incluso en las diabluras que se hacen a los toros*”.

El ganadero, probablemente el estamento más desdeñado y postergado de la Fiesta, cuenta desafortunadamente con escasa o nula voz en la misma. Desprovisto del control y la autoridad que ostentaba en épocas pretéritas, salvo contadas excepciones, ha visto convertida su actividad en simple *torifactoría* que fabrica y sirve sus productos al dictado de superiores intereses. De este modo la lidia es presa de la monotonía, el hastío, la adulteración de la suerte de varas, la casi desaparición del toreo de capa y la ausencia del tercio de quites. Todo ello condiciona negativamente el futuro de la Fiesta.

Es muy significativo que casi el 85 % de los encastes actuales provienen del mismo tronco, dato indicativo de consanguinidad, condición biológica negativa para un factor como la fiereza. El prestigioso veterinario **R. Barga Bensusán** confiesa: “*Se han realizado cruzamientos indebidos o contra natura. El patrimonio genético conseguido se ha deteriorado*”. La crianza del toro se ha comercializado al punto que muchos ganaderos, en vez de apostar e insistir con su encaste propio, han dado un giro al introducir otra casta más comercial que da pie a la lidia uniforme y monótona. Está claro que los cambios en la tauromaquia los marca el toro. Si cambia su forma de embestir los toreros habrán de adaptarse, hecho que cambiará la forma de torear. Si a todo ello sumamos el *afeitado*, las caídas, la carestía del espectáculo y los vicios de la lidia, habremos de convenir que la Fiesta presenta perspectivas negativas.

Del año 2007 al 2012, el número de corridas y de novilladas se redujo en un 48 y en un 63%, respectivamente, dato muy negativo en los pueblos. Según la **Unión de Criadores (UCTL)** y la **Asociación de Ganaderos de Lidia (AGL)**, “*la actual es la peor crisis ganadera sin mediar una guerra, una sequía o una hambruna desencadenante (...) Se llevan al matadero muchas madres reproductoras*”. Solamente en un año han podido desaparecer más de 20.000 vacas reproductoras, en tanto que, durante los últimos 5 años, se ha reducido el herrado de becerros entre el 30 y 40%. Asimismo, se calcula que las corridas preparadas para la temporada 2013 ronda un 30% menos que en 2012

Hay que esforzarse en la recuperación de un toro agresivo y acometedor, una genuina fiera salvaje que infunda temor, nunca compasión. Para muchos aficionados, la prodigiosa recuperación del encaste

Saltillo-Albaserrada muestra el camino a seguir. Dado por perdido (se llegó a asegurar que para recuperar algún ejemplar era preciso buscarlo en **México**), este encaste del que hoy disponemos de al menos tres hierros, ha sembrado de triunfos el último tercio del s.XX y ha hecho por la Fiesta mucho más que el resto de los estamentos, de suerte que la afición ha contraído una deuda impagable con los ganaderos artífices de la singular recuperación **Sres. Victorino y Adolfo Martín más José Escolar**.

Otras castas tradicionalmente prestigiosas (*Jijona, Cabrera, Vázquez, Navarra, Vega-Villar, Cobaleda, Santa Coloma, Gamero Cívico, Contreras, Atanasio*, etc), merecerían por parte de la administración, de los ganaderos y veterinarios un esfuerzo similar con tal de rescatarlas. Sin embargo, se asiste a la *“muy discutible política veterinaria de la Junta de Castilla-León, fruto de la cual ha sido el aniquilamiento de varias ganaderías históricas, entre ellas las de Vega-Villar-Cobaleda, originando gran daño a un patrimonio genético único e irrecuperable”* (datos citados en *“Taurodelta” n° 49*)

Sería muy positivo fomentar el turismo hacia las dehesas con tal de dar a conocer el medio en que nace, crece y vive el toro bravo, así como la cría del ganado, natural y ecológica como pocas, en muchos casos bajo el control de personal con formación universitaria, hecho que, además de formar prosélitos, proporciona un ingreso adicional a las ganaderías.

2.2. EL TORERO.- Junto a la recuperación del toro, la eclosión anual de una figura o, mejor, una pareja controvertida, sería la panacea para acabar con gran parte de los males que aquejan a la Fiesta. La rivalidad, siempre gallarda y emocionante es oxígeno para la Fiesta pero los toreros de hoy parecen rehuirla cuidadosamente. De ahí que nos hagamos la pregunta ¿Acaso el objetivo de las Escuelas de Tauromaquia ha resultado baldío o mal orientado en la medida en que muchos alumnos parecen cortados por un mismo y aburrido patrón? ¿Acaso las escuelas anulan la personalidad torera?

Sin perder de vista el riesgo propio de la lid taurina, las razones del declive de la Fiesta en su apartado coletudo son, para muchos aficionados, la falta de vergüenza torera, entendida al modo antiguo, sustituida por el afán de enriquecimiento rápido, la excesiva dependencia de los despachos donde se cocina el negocio a despecho del aficionado, las peticiones desmesuradas y el afán desmedido de sumar festejos por parte de algunos toreros, cosa que ha venido a reducir la calidad y pureza de su toreo. Diríase que muchos toreros de hoy pasan por clónicos seudolidiadores de seudotoros.

Por lo demás, no se puede admitir como figura al torero que desdeña **Madrid, Valencia y Sevilla** ni al que reaparece cicateramente en tres plazas cómodas con ganado *ad hoc* aunque alumbre apoteosis, corte orejas a espuestas y ponga en peligro su vida.

Ambas circunstancias están en la mente de todos y traslucen una inquietante falta de afición, cosa que para un torero puede ser funesto ya que, absorto en su *gediez*, corre el riesgo de convertirse en un burócrata rutinario. El *gediez* se ha revelado como vano y erróneo intento anticrisis, gestado bajo un prisma clasista e individual que en definitiva revela falta de compañerismo y cortedad de miras. Pese a todo, en honor a la verdad, es preciso matizar que ni aún así los toreros se garantizan la integridad del **Triángulo de Scarpa**.

Atención especial merece la **novillería**, futuro de la Fiesta. Su nómina sorprende gratamente temporada tras temporada, por el número de nuevos nombres y emergentes caras nuevas, acaso poseedoras ya a sus cortos años de la moneda para cambiar. No obstante, no se nos oculta la dura problemática específica que han de enfrentar, causa de muchos abandonos pre o post-alternativa, o bien origen, en el mejor de los casos, del digno *agarrarse a los palos*.

No son raros los novilleros conformistas, sumidos en un exceso de técnica en detrimento del coraje de que hacían gala antaño. Fríamente técnicos, no parece sino que ya poseen el *mercedes* y el cortijo soñados y no se dejan *dar la voltereta* ni romperse el vestido, de manera que suelen finalizar sus faenas tan peinados y compuestos como al paseíllo. Algunos arrancan desde la posición de *hijo de papá*, variedad *de-casta-le-viene-al-galgo*, de tal modo que no les mueve el hambre de gloria ni de la otra más prosaica, no por ello menos fisiológica, madre de tantas proezas en los ruedos.

De los problemas ajenos al propio novillero cabe destacar por su iniquidad la lacra del pago por torear. Que se sepa, la práctica totalidad de los novilleros precisan de alguien que sufrague los gastos de la azarosa carrera iniciada, o sea *el ponedor*, e incluso la variedad del *tercio de tres*.

2.3. EL PÚBLICO. *Sol y moscas.*

A nadie se le oculta que la [Fiesta](#), de acuerdo con su naturaleza de espectáculo público, subsistirá en tanto la gente acuda a los cosos. Si un día vuelve la espalda por unas u otras razones la Fiesta habrá tocado a su fin, aserto que cabe esgrimir frente a las prohibiciones de índole política que atentan el libérrimo albedrío del ciudadano. Muchos creen que la **defección del público** de hoy viene marcada por derroteros distintos de los clásicos, v.g: aficionados hartos de simulacros de corridas, de intereses espurios, de presidentes ineptos, de ganaderías comerciales, de la ausencia de emoción y rivalidad, del toreo monocorde y sin personalidad, de la evasión de las figuras a las plazas y corridas duras.

El espectador ha de ser tributario de atención especial; no en balde se trata del elemento que sostiene económicamente el tinglado. En este sentido conviene asegurarse medios de comunicación adictos, técnicas idóneas de *marketing*, y en fin, plazas cómodas y protegidas contra los **elementos atmosféricos** adversos que juegan un papel decisivo en el desarrollo del festejo taurino concebido para su escenificación al aire libre. Los graderíos se despueblan cuando hace su aparición el toro torvo del diluvio, el huracán, el frío polar o la chicharrera de 40°C a la sombra.

La acertada metáfora del *sol y moscas* viene a traducir la estrecha relación del espectáculo taurino con la bonanza climática. Se trata de un espectáculo en el que, además del valor, emoción y riesgo, se confía en que aparezca el arte, la estética, la magia, el duende y el ángel, pero es evidente que las intemperancias climáticas arruinan irremisiblemente el espectáculo. En esas circunstancias, pretender un quite por verónicas de *barrido desmayo* en el sentir de **Gerardo Diego**, por chicuelinas de manos bajas, por *gaoneras de incienso* como quiere **Rafael Duyos** o una tanda de naturales abrochados con el de pecho, pretender todo eso, digo, es vana ilusión.

Si a ello añadimos que, al embarrarse el ruedo se multiplica la probabilidad de resbalones o caídas y surge el fantasma del *hule y el aroma a cloroformo*, no hay duda que ofrecer el espectáculo en estas condiciones no pasa de ser un vulgar fraude.

No hay nada más hermoso ni más estimulante del espíritu que un paseíllo a pleno sol, con temperatura bonancible, los tendidos repletos de gente, el runrún de las tardes grandes y un airoso pasodoble en las ondas. Pero si se decide el *¡vamos allá!* con las compuertas del cielo de par en par, el ruedo encharcado y embarrado, el cielo amenazante y la hermosa, triste y sufrida gente aterida, resguardada bajo paraguas y chubasqueros, la cosa presenta unos ribetes fraudulentos intolerables.

De este modo, la Primera Plaza del Mundo deja de serlo en la medida en que no puede depender de la impredecible meteorología. Dar un espectáculo en esas condiciones es impropio de su categoría. No viene a arreglar las cosas el plácet de toreros y presidente a iniciar el paseíllo asumiendo todas las responsabilidades, incluso la ausencia del arte, que ya es asumir. Es evidente el desdén hacia los derechos de los espectadores. No sólo se ha de cuidar la pureza e integridad del espectáculo sino también la **comodidad de los espectadores** (las plazas se llenan de espectadores, no de aficionados), la seguridad de los lidiadores y, en lo posible, el resultado estético.

Es de reseñar la agria incomodidad de **Las Ventas**. En la misma se obliga al espectador a sentar sus dignos glúteos sobre el duro cemento en una localidad de exiguas dimensiones, carente de respaldo, con la presión de puntiagudas rodillas sobre la espalda y expuesto a las inclemencias meteorológicas.

Es llegado el momento de plantearse seriamente una remodelación del coso madrileño, espejo en que se mira todo el mundo taurino, con tal que la Fiesta gane en solidez y fortaleza y no corra el albur de un futuro de negros nubarrones. Hay que dotarlo de asientos cómodos, propios del s.XXI, escaleras mecánicas y cubierta de *quita y pon* o toldo retráctil mitigador de los rigores meteorológicos, bien que un intento en ese sentido ha sido drásticamente abortado por... los imponderables.

Consideremos la fracción **aficionado**, auténtico convidado de piedra e ignorante de todo cuanto se cuece en los despachos. En primer lugar, percibe que el sector taurino no ha tomado medidas para atajar la crisis, antes al contrario solamente ha pensado en el modo de extraer mayores beneficios. No es extraño que se considere defraudado y vuelva la espalda, fenómeno evidente en el cemento visible en las ferias de inicio de temporada y en festejos estivales. Se trata no tanto de llevar gente a la plaza como de fidelizar a los que han ido alguna vez. Así, por ejemplo, **Castellón** ha perdido en el lapso de 3 años más de un 35% de espectadores, **Valencia** sufre la pérdida del 26% y **Madrid** observa con inquietud el comienzo de esta temporada en que han quedado sin vender 2.716 abonos, ya por devolución ya por falta de demanda.

Es deber del aficionado denunciar la anómala circunstancia de la carencia de mando del trío básico: **ganadero-torero-público**, y por extensión los vicios, fraudes y lacras detectadas. El aficionado, a través de peñas y clubes taurinos, se implica en la labor docente de fomento, promoción y de proselitismo en forma de

cursillos, charlas, semanas culturales, conferencias, actividad social, visitas al campo bravo, asistencia a festejos, etc, labor encomiable que por lo general se cumple de modo muy satisfactorio.

3.- EL ESPECTÁCULO TAURINO

El taurino es un espectáculo impar, enervante y emocionante, siempre igual y siempre diferente, al tiempo exquisito y brutal, romántico y absurdo, sombrío y deslumbrante como la misma España, un espectáculo *paranoide* y fascinante en el que puede darse una media verónica que encierra todo el embrujo del mundo, una revolera fastuosa, un lance lento, intemporal, como soñado o un mayestático mulletazo. Ningún otro país posee una fiesta popular, calificada de *esa hermosa barbaridad*, capaz de atraer el interés de **Goya, Picasso, García Lorca, Gerardo Diego, Ortega y Gasset o Hemingway**. Sin embargo, muchos aficionados apuntarían los defectos de monotonía, afectación e impersonalidad.

Para **J.A. Martínez Uranga** *“los carteles de escaso interés cada vez atraen a menos gente, de este modo se va apagando la llama”*. Cabe preguntar: ¿Qué hemos de entender por cartel de escaso interés? Tal concepto no existe para el aficionado en la medida en que el espectáculo taurino, cualquiera que sea su protagonista, es susceptible de abrir la caja de las sorpresas, a veces muy gratas. El aficionado echa en falta carteles rematados aun cuando ello no sea garantía de nada. De sobra se sabe que calificar de antemano un cartel de trivial se antoja cruel y osado ya que el Santo Labrador suele deparar gratas sorpresas en forma de triunfo y lanzamiento al estrellato de uno o más diestros noveles o desconocidos.

Mas repárese en la síntesis que la Revista *“¡Eh, toro!”* (Mayo-13) ofrece de las **Ferias de Castellón y Valencia**: *“Carteles flojitos, toreros acomodaticios, toros descastados, integridad sospechosa, menor presencia de aficionados”* y rubrica *“consecuencia normal ante la oferta y la situación económica”*.

La reducción o supresión de ayudas municipales y de las televisiones ha agravado la situación dejando al aire las servidumbres del sistema. Se redujo drásticamente el número de festejos (la reducción es progresiva, en el año 2012 los festejos taurinos han disminuido en razón del 12,8% respecto a 2011); a continuación, de acuerdo con el acertado símil biológico de **J. Gómez Castañeda**, sobrevino un estado de debilidad de las defensas de la Fiesta, dando paso a los gérmenes oportunistas que se hallaban a la espera de una situación semejante. Entre ellos se halla el nacionalismo, enfermedad sociopolítica invasora y parásita que pone en grave riesgo la supervivencia del organismo atacado.

En otro orden de cosas, es cierto que un festejo en **Las Ventas** dista del ofrecido en cualquier otra plaza. En Madrid la proporción de toros buenos y corridas, no ya apoteósicas sino sólo entretenidas, viene a darse en uno de cada ocho festejos, proporción francamente insuficiente incluso para un aficionado. Más nos valdría copiar de los métodos de publicidad y fomento de los deportes que consiguen mantener constante el interés mediante constantes competiciones nacionales e internacionales de todo tipo.

Todo ello exige la existencia de un organismo específico estatal del que carece la Fiesta.

3.1.- LA SUERTE DE VARAS. Café para todos

El más polémico y denostado de los tercios de la lidia pesa considerablemente a la hora de emitir un pronóstico sobre la Fiesta toda vez que, para muchos, es un factor condicionante altamente negativo. Hemos de preguntarnos: ¿Por qué se abronca al piquero cuando pica y se le aplaude por no picar? ¿Por qué muchos creen que la suerte de varas ha quedado obsoleta y arcaica?

Acaso el problema no reside en la suerte en sí, sino en el toro. Cualquier aficionado sabe que, practicada al modo ortodoxo, de frente, tirando el palo ante el cuatreño o cinqueño con sus facultades intactas, la suerte de varas es necesaria, incluso hermosa y gallarda. Pero si se pretende llevar a la práctica con un animalito depauperado, claudicante y desmochado, enfermo *motu proprio* o alevosamente inducido, la suerte se convierte en desgracia, en triste parodia, en indigna pantomima, en espectáculo repugnante, en una atrocidad y una broma de mal gusto, pretexto para la huída del espectador primerizo y, naturalmente, un fraude para el aficionado.

Así las cosas, el tercio de varas debe ser reconsiderado en función del toro, individualizando el criterio presidencial para cada toro en particular. De otro modo se convierte en abuso, en trampa en que el animal es la víctima y con él el espectáculo y, en definitiva, la Fiesta toda vez que rompe el equilibrio de la lucha toro-torero. En una palabra, cada toro debe recibir los puyazos que precise en función de la lidia. En cambio, por lo general, se le da todo el castigo en un solo puyazo demoledor, el monopuyazo brutal tapando la salida y corrigiendo la posición de la vara, causa de varias heridas simultáneas.

Sin duda alguna el tercio de varas escamotea muchas faenas grandes que se quedan en el limbo. Para **R. Cabrera Bonet** el escamoteo de la suerte de varas priva al espectador del método de selección del toro bravo. La contumacia en mantener los tres puyazos, incluso dos, cuando el primero ha sido duro, codicioso y duradero, es claramente negativa para la lidia en particular y la Fiesta en general, amén de fraudulenta y contraria a los derechos del espectador al que se dice proteger desde la Presidencia. Ya **G. Corrochano** aceptaba que el toreo había perdido todo o parte de lo que tenía de lucha, de lid, de fiereza y cristalizado en una fórmula estética actual.

El público suele manifestarse porque intuye que el primer puyazo es más que suficiente en la gran mayoría de los casos. De ahí el odio a los piqueros. No obstante, es preciso entender y asumir que solamente dos personajes en el ruedo poseen capacidad decisoria y potestad para discernir el *número adecuado de puyazos*, tal como reza el RET: el espada por sus conocimientos y el usía por su autoridad.

Según vemos, en el fondo de la cuestión se halla el toro, protagonista de la tauromaquia y elemento clave. Lo demás es pura circunstancia. La suerte de varas, su ejecución, técnica, intensidad, duración y agresividad se halla en función de la acometividad del toro, ésta de su casta y energía, y ésta a su vez de su estado de salud, pero nunca de una norma burocrática como la del *café para todos* aplicada a un animal irracional. Sin embargo la evolución de los tiempos ha hecho accesorio lo fundamental.

Hoy el papel básico es del torero en detrimento del toro. Reclamemos el protagonismo del toro íntegro, sano, apto para la lidia, en edad y peso idóneos y lo demás vendrá por añadidura. La controvertida suerte de varas adquirirá todo su valor y la Fiesta su esplendor. Todo ello depende exclusivamente de las condiciones del toro. Cuidemos el toro y estaremos cuidando la pureza de la suerte de varas y con ella la pureza de la misma Fiesta. Junto al toro íntegro y sano hemos de reclamar igualmente el presidente aficionado y entendido, el piquero profesional, el caballo y la puya idóneos más la técnica ortodoxa.

El puyazo en regiones anatómicas posteriores al morrillo o aún más atrás, donde el grosor de la masa muscular se reduce considerablemente, puede alcanzar vértebras, pleura y pulmón. Si las vértebras resultan fracturadas se puede lesionar la médula y los nervios raquídeos, ocasionando un daño incapacitante para la movilidad de animal, origen de caídas, claudicaciones y ulterior motejo de toro *flojo, inválido y descastado*. Tarde tras tarde cabe observar que los puyazos en el morrillo son, no la norma, sino la excepción y que por lo general se pica trasero o en la paletilla.

Cuestión no menos polémica es la de los terrenos idóneos para picar. **Marcial Lalanda** se preguntaba: “*Si toda la plaza es terreno apto para picar ¿por qué se limitan los terrenos?*”. Se da por hecho que el toro muestra siempre querencia hacia chiqueros. Sin duda, en muchos es así, mas no en todos. No obstante, la lidia se lleva a cabo como si tal cosa fuera el evangelio o poco menos. Volvemos a caer de nuevo en el denostado *café para todos*, un dogmatismo que desdeña el instinto animal.

Consideramos que cada toro, del mismo modo que tiene su lidia, sus terrenos y querencias tiene su, digamos, punto de varas que no es otro sino donde le pite, aspecto éste en el que el hombre tiene bien poco que decir, en la medida en que ignoramos cuanto pasa por el oscuro cerebro de un animal irracional atareado en la defensa de su vida.

Este asunto, no otra cosa que una ley biológica elemental, se lleva irracionalmente a rajatabla de tal modo que, en ocasiones, no hay modo de colocarlo donde el animal no quiere colocarse, tanto si es en relación con las dichas rayas blancas, como si es en el 8 donde “necesariamente” ha de recibir la vara. Sobreviene entonces una desordenada porfía, capotazo tras capotazo; en tanto, sobre los tendidos se cierne el hastío, el bostezo y el aburrimiento, cosa nefasta que hay que evitar a toda costa.

“*Todo se hace premioso, terriblemente lento, atolondrado y aburrido*” (**V. Zabala**). El día que la Fiesta no genere otra cosa que aburrimiento y bostezo será el último de su larga y fecunda vida.

El propio **RET** reconoce su inoperancia o su improcedencia cuando concede: “*Si la res no acudiera al caballo después de haber sido fijada por tercera vez en el círculo para ella señalado, se la pondrá en suerte sin tener éste en cuenta*”. Es decir, las rayas de cal en el ruedo revelan el formulismo ingenuo de los que pretenden regir el desarrollo de una corrida de toros (la lucha de un ser irracional) por medio de reglamentos dictados con más voluntad que raciocinio.

Convendría dejar más suelta la originalidad y el ingenio de los lidiadores.

3.2. CONSIDERACIONES A UNA ENCUESTA. La crisis de identidad

Se echan de menos las encuestas -tan prodigadas en otros campos, a menudo inanes- sobre aspectos culturales, sociales, económicos, técnicos, incluso políticos sobre la tauromaquia y especialmente sobre su grado de aceptación en la sociedad actual. Sería un buen modo de conocer con certeza la existencia de **talones de Aquiles**, y en caso positivo, su alcance y soluciones.

Existe una determinada encuesta que, aun cuando data de 2005 (tomada de la Revista *El Rastrillo*, publicada por la **Peña Los Areneros**) posee el valor conferido por las fuentes consultadas toda vez que se interpellaba a siete Peñas taurinas relevantes (*El Juli, El Portón, El 7, El Puyazo, Gabriel de la Casa, Pedro J. Saavedra y Puerta Grande*). En síntesis y en orden de mayor a menor frecuencia, las respuestas de los peñistas a las consultas planteadas fueron las siguientes:

- Pregunta **¿Qué factores condicionan el futuro de la Fiesta?** Respuestas: *la crisis de la afición, la falta de apoyo de la Administración, la falta de afición en los toreros y de casta en los toros.*
- Pregunta: **“Razones de la inasistencia del público”**. Respuestas: *Espectáculo caro, monótono, obsoleto, de baja calidad y carente de emoción. Defección de la juventud. Insuficiente publicidad*
- Pregunta: **¿Qué destacaría en los empresarios?** Respuestas: *Codicia económica, falta de autoridad y de afición, servilismo frente a toreros.*

He ahí nítidamente expuestos muchos de los puntos vulnerables de la Fiesta, bien que no deja de ser tan sorprendente como impactante la calificación, datada hace 8 años cuando la crisis no había hecho aparición, de *espectáculo caro, obsoleto, de baja calidad y carente de emoción*, propia de detractores. ¿Qué ha ocurrido para llegar a esta situación? Sin duda, esas condiciones son propias de un espectáculo degradado.

En este sentido, la pasada Feria de Mayo 2012 ha merecido un libro que, bajo el título “*La peor feria de la historia*” (**R. Cabrera Bonet y A. Arranz**), da cuenta de *los peores resultados artísticos en 65 años*. Según los autores citados, se puso el cartel de *no hay billetes* solamente en dos tardes, de modo que la vista del cemento fue tan evidente como el hastío y el bostezo en los tendidos. En cuanto al ganado, los autores señalan: *“no hubo toros de vuelta al ruedo, se han lidiado toros mal presentados, pese a sobrar en el campo y pese al baile de corrales que alcanzó cotas inusuales”*.

¿Cuál será la conducta del espectador ocasional que acude impulsado por el ambiente festero o por la prensa rosa, el indiferente inmotivado o el *guiiri* que vuelve a su tierra sin haber entendido nada del rito taurómico? Hay que hacer las cosas de tal manera que el espectador común vuelva, pero también que el aficionado no se marche. Hay que combatir el hastío y el bostezo, enemigos irreconciliables de la Fiesta.

La idea de **crisis de identidad** cunde en gran parte de los aficionados. Salta a la vista que la tauromaquia ha sufrido una transformación profunda. Para unos se trata de la necesaria evolución. Para otros se trata de una pérdida de identidad altamente pernicioso para su propia esencia, pérdida que habría llegado a un grado de no retorno. Quizá, ello se debe al cambio sustancial experimentado en que el elemento toro ha

sido sustituido por el elemento torero. Quizá el blanco de nuestra preocupación debería ser la consideración de Fiesta *monótona y carente de emoción*, ya que se ciñe más a la verdad de los tiempos que corren.

Alguien clamaba: “*¡Discutid, discutid, no dejéis de discutir... todos tenéis razón!*” ¡Ay! de la Fiesta si un día se viera privada de la polémica. Pero es cierto que hoy la gente apenas habla de toros porque para ello han de coincidir toreros, toros y faenas importantes que corran de boca en boca. **Barcelona** pasó de ser plaza importante, con varios cosos simultáneamente activos, a convertirse en plaza de 2ª en la medida en que durante las últimas temporadas los festejos no tenían eco en la calle y la asistencia dejaba mucho que desear. Sin duda, esta faceta ha dado pie a la dolorosa prohibición de la Generalidad ya que, de haber llenado los tendidos día tras día, no se hubiera tomado tan funesta decisión pese a su claro matiz político. La falta de una verdadera feria como de la que se benefician otras capitales, a buen seguro se halla entre las causas.

De todos modos cabe inquirir ¿cómo se entiende la inasistencia en una ciudad espléndida y cosmopolita abierta al **Mediterráneo y a Francia**, con turismo multitudinario? ¿Acaso la empresa se dejó ganar por la desidia y la falta de ideas? Si además, asoman su faz mustia y murria el hastío y el bostezo a causa del pobre juego de los toros y de la lidia trivial, podemos dar por segura la huída del espectador. Es preciso aguzar el ingenio antes que el fastidio señoree los tendidos.

4.- EL NEGOCIO TAURINO

El futuro de la Fiesta es claramente negativo en el caso de mantenerse el actual esquema mercantil-empresarial.

E. Martín-Peñato

La explotación del negocio taurino se ha convertido en pingüe negocio, cosa que acarrea no pocos problemas en forma de vicios y corruptelas, apenas una faceta de la degradación vía comercialización. Se dice que los empresarios exigen un sacrificio económico de parte de todos (ganaderos, toreros y afición) con una sola excepción: ellos mismos. El aficionado comprueba que, pese a la reducción del canon comunitario, no sólo no se han reducido los precios de las localidades sino que se han encarecido, en tanto que la mayoría de los carteles son calificados de mediocres y escasamente atractivos.

Un economista aseguraría que la actividad mercantil de la Fiesta incumple el primer postulado del libre comercio, no otro que satisfacer al cliente. Algo hay de eso, no en balde la empresa taurina oferta un producto concebido antes para el lucro que para la calidad del espectáculo y solaz de los espectadores-consumidores. Se obliga a aceptar lo que hay, valga el símil *lenticular*.

No cabe duda que el mercado taurino es único en cuanto que única es la disciplina de mercado, las obligaciones y derechos, de tal manera que requiere una regulación única. Sería muy conveniente que el Departamento gestor de la Fiesta, si hubiere, considerara los criterios de utilidad y rendimiento económico al tiempo que considerara la fuente de divisas ligada a las actividades económicas generadas en festejos, ferias, turismo, hostelería, industrias cárnicas, etc, relacionadas con la Fiesta, aspectos mercantiles del máximo interés. Baste evocar el caso de **Francia** donde el auge de la Fiesta se basa en una gestión económica seria, moderna y eficaz, supervisada por los aficionados.

No en balde nos hallamos ante una fuente de riqueza digna de protección estatal, elemento básico del atractivo turístico y pilar económico de la nación en sus facetas de empleo, cría del toro bravo y conservación de la dehesa mediterránea, entre otras. Es preciso un órgano de gobierno que regule un nuevo modelo de fiesta y un nuevo entorno económico por ser el actual claramente recesivo.

A su vez, la Fiesta arrastra un grave déficit estructural desde hace años representado por **factores económicos negativos** tales como pérdidas en taquillas, ingresos inadecuados en muchos profesionales y saldos negativos en muchas ganaderías. El sistema ha sido viable hasta hoy gracias a las subvenciones oficiales y, en el caso de las novilladas, a la existencia de *ponedores*, hecho que se define por sí solo.

Al igual que todo negocio, ha de ser comercialmente autosuficiente, de otro modo está abocada al fracaso. Si depende solamente de la subvención oficial, sus días están contados. No es posible seguir ofreciendo espectáculos no rentables. Recuérdese que dos actuaciones de una figura en **Las Ventas**, apoteósicas ambas, se debió en gran manera a la ayuda oficial, cosa que no dice nada en favor de la figura, de la Institución oficial ni de la Fiesta.

No es preciso ser economista para reconocer que el negocio de los toros se ha desequilibrado. De forma muy simple cabe asegurar que un sistema se halla equilibrado cuando el que paga obtiene satisfacción por su dinero y, en esa tesitura, desea seguir pagando. El que cobra obtiene su compensación económica que le permite continuar el ciclo. Pero ocurre que la crisis ha empobrecido al que paga, no puede permitirse el dispendio y deja de ir a la plaza, tanto más cuanto que no se le ofrece nada atractivo, de modo que el ingreso en taquillas desciende de modo preocupante. El empresario no puede pagar a los proveedores (toreros, ganaderos, costes fijos, etc); los toreros no cobran, los ganaderos han de vender sus toros a precios que no les permiten cubrir ni los gastos de los piensos. El sistema entra en precario y amenaza con colapso y ruina.

La crisis que nos abrumba viene a ensombrecer el tema. En su doble vertiente económica y de valores, deja sentir su ominoso peso sobre la Fiesta. No podría ser de otro modo toda vez que es consustancial a España y ambas se hallan estrechamente ligadas por un destino común. Es de todo punto necesario un riguroso análisis de problemas tales como el retraimiento del número de espectadores, la carestía, el escaso atractivo, la inasistencia de la juventud (recuérdese el *espectáculo caro, obsoleto y carente de emoción*).

De este modo el aficionado asiste cada vez a menor número de festejos y deja menos caudal en taquillas. Ante esta situación la empresa reacciona, no mejorando el atractivo del espectáculo, sino reduciendo costos y con ellos calidad, cerrando de este modo un círculo vicioso que lleva irremisiblemente al fracaso del negocio, en vez de innovar, mejorar la calidad y promocionar el servicio con la finalidad de atraer más espectadores.

Desde un punto de vista comercial es aberrante un espectáculo cuyos gastos superan a los ingresos. La satisfacción del cliente es premisa fundamental de la moderna mercadotecnia, sin embargo, la empresa, parapetada tras el abono obligatorio, no se esfuerza en alcanzar la excelencia. Entre otras

medidas, cabría acomodar los emolumentos de los toreros a los ingresos de cada festejo y los precios de las localidades a la categoría del espectáculo ofrecido.

A tal fin las partes deben practicar recortes y sacrificios en sus ganancias. El futuro depende en gran medida de la postura que adopte la Administración en calidad de propietaria de muchos cosas y agente de gestión de los festejos. Sin embargo, muchas regulaciones tomadas por la administración no persiguen otra cosa que consolidar monopolios establecidos por la misma, una de cuyas consecuencias es el elevado canon económico de las administraciones públicas que grava la cesión del coso.

J. Alvarez-Monteserín, hombre de empresa y gran aficionado, asegura: *“En sus aspectos mercantiles, la Fiesta se ha quedado anticuada y lastrada por la incompetencia, la especulación, el conservadurismo, el cortoplacismo y la carestía del espectáculo”*. Se muestra acorde en que hay que acometer cambios de organización toda vez que en la empresa taurina no existe la relación básica empresa-cliente, según la cual la primera ha de plegarse a las demandas de éste.

Antes al contrario, no se permiten solicitudes, peticiones ni preguntas dado que la empresa suele comportarse como un organismo blindado, endogámico, ciego y sordo a cualquier ruego proveniente del consumidor condenado en su calidad de **convidado de piedra**. Se le insta a dirigirse a la plaza, pagar en taquilla y disponerse a presenciar un espectáculo incómodo y a la intemperie, proyectado y planeado por otros, para el cual no se ha contado con él en absoluto.

Pese a representar el sostén económico, sus legítimas aspiraciones, sus apetencias y motivaciones no poseen valor alguno. Ciertamente, es una situación inestable que compromete seriamente la mera existencia de las corridas de toros. En la medida en que forma parte importante de la estructura del negocio, la afición debería hallarse de alguna forma en posesión de voz y voto en la fase de confección de carteles tal como ocurre en **Francia**. Así las cosas, es preciso un cambio profundo que permita acometer la innovación deseada en sus distintos escalones: dirección, organización, gestión, proceso, desarrollo y comercialización.

El aficionado se pregunta: ¿cómo es posible que al inicio de la temporada ya se conozcan los carteles de varias ferias, que se confeccione **San Isidro** antes de concluida **Sevilla** y ésta antes de **Fallas**? ¿Acaso se da por supuesto que a orillas del **Turia** y del **Betis** no ocurrirá nada de interés o, peor aún, que si pasa no tendrá mayor importancia? Tal práctica, cómoda para el empresario, es nefasta para los toreros porque aniquila su afán y su estímulo profesional al no verse premiados por sus actuaciones previas.

Se echan en falta ideas, imaginación, interés y amor por la Fiesta, en su promoción y fomento. Imperan la rutina y la inercia. Se desdeña a 4 millones de inmigrantes, muchos de ellos procedentes de la **Hispanoamérica** torera, y a 50 millones de turistas al año ávidos de ver toros, cifras más que suficientes para merecer una imaginativa y activa labor de proselitismo y, en fin, nadie se inquieta por el deprimente espectáculo de los tendidos vacíos durante los dos largos meses del estío.

En este aspecto es envidiable la estructura del fútbol (*espectáculo mediocre regido por mentes privilegiadas*) en su reglamentación única, monolítica y universal, así como en su constante actividad de torneos nacionales, internacionales, intercontinentales, etc. De ahí, la enorme expectación lograda, los

millonarios traspasos de jugadores, la presencia masiva en los medios de comunicación y con ello la afluencia de los públicos. Tomen nota los empresarios.

5.- LA SEUDOFIESTA: Los festejos indignos

Para **Pérez Galdós** los toros son *inimitables, incopiables e intraducibles* pero acaso cuentan con un enemigo interno, solapado, al que no se suele prestar atención. Tal enemigo no es otro que la propia fiesta en su versión populachera, a menudo indigna, en la que es moneda corriente la brutalidad, el alcohol, la agresión a las reses y las no raras víctimas tan lamentables como irrazonables. Estas francachelas no tienen nada en común con la Fiesta pero son especialmente dañinas para su prestigio y para su futuro. Están en línea con el apaleamiento de asnos, el descabezamiento de gallos al galope, el despeñamiento de cabras desde el campanario y atrocidades por el estilo.

El fenómeno taurino tiende a teñirse de folclorismo y de un falso tipicismo populachero altamente negativo para su prestigio. Es preciso desprenderse del barniz de indignidad, violencia y crueldad con las reses al tiempo que hemos de resaltar aquellos aspectos relevantes del taurinismo, tal el cultural, el ecológico, el económico o el sociológico. Talón de Aquiles, sin duda. Y no chico.

Es claro que la Fiesta ofrece dos facetas muy dispares entre sí: la variedad elitista o selecta y la popular, mejor populachera, que goza del refrendo de las masas. Son tan profundas sus diferencias y tan escasas sus relaciones (acaso los cuernos y poco más) que diríase se trata de dos actividades distintas. La primera se basa en el *oro-seda-sangre-sol*, en la emoción, la estética, la gallardía, el honor, el valor y la sana afición. La segunda apenas ofrece barullo, escándalo y plebeyez. Es la **seudofiesta**.

Ampliamente extendidos en España, los tradicionales festejos populares han sobrevivido durante siglos porque es el propio pueblo quien los demanda y financia. A no dudar, se sitúan en el origen atávico, prehistórico, de la tauromaquia, bien que han llegado a nuestros días bastardeados y adulterados. Surgen de la necesidad de dar caza al animal para, una vez saciada la función nutricia, pasar a la diversión, o sea al juego enervante ante las astas, ya a caballo ya a pie firme.

Hoy sustituyen a la variedad selecta de la Fiesta en muchas localidades. Representan un suculento negocio de 600 millones €/año y la utilización de muchos miles de reses de todo tipo (de la más ínfima vaquilla al más monstruoso y resabiado cornúpeta) en encierros, recortes, concursos de anillas, saltos a la garrocha, *bous al carrer o a la mare, sokamuturra*, toros embolados, de fuego, capeas y algarradas de todo tipo, una amplísima variedad de festejos en los que, pese a traspasar con frecuencia los límites de la dignidad y alcanzando unos modos y maneras incompatibles con los tiempos actuales, nadie renuncia a ellos.

Destaca la **Comunidad Valenciana** con más de 6.000 festejos anuales (el 95% de los municipios de **Castellón** y **Delta del Ebro** celebran sus fiestas patronales con este tipo de festejos) seguida por **Castilla-León, Aragón, Madrid, Castilla La Mancha** y **Navarra**, es decir una parte muy importante del mapa de España. Se estima que los encierros sanfermineros vierten sobre **Pamplona** más de 20 millones € en el seno de un desbordado cosmopolitismo.

Hemos de preguntarnos: Cuando hablamos de fiesta ¿a qué clase de espectáculo nos referimos? ¿A qué tipo de fiesta? ¿La de los festejos dignos, practicada en recintos *ad hoc*, presididos por la autoridad y desempeñados por profesionales? o bien ¿a la de los festejos populacheros, indignos en buena medida, en los que se maltrata al animal y se le da muerte de forma cobarde y brutal? ¿Qué tienen ambas en común? Si acaso la emoción... y punto.

Mas qué distinta calidad de emoción. A un lado la suscitada por el gozo estético y la *exquisita voluptuosidad de la santa pereza del sur*, como quiere **F. Claramunt** refiriéndose a **Curro Romero**; al otro por la vulgaridad. Ahí acaba toda semejanza. ¿Es justo llamar Fiesta nacional a la segunda? La duplicidad de la Fiesta es origen de confusión en su nocivo papel de talón de Aquiles taurino. En pleno siglo XXI la repugnante persecución, caza y muerte de un toro a lanzazos perpetrada por docenas de jayanes a caballo, incapaces de enfrentarse a cuerpo limpio, revela una distorsión moral del concepto de fiesta más que preocupante. Del mismo modo, la suelta de reses ensogadas, despavoridas y encolerizadas portando en sus astas teas encendidas y otras barbaridades cometidas en los campos de Iberia, no aportan beneficio alguno a la Fiesta.

Podemos sospechar hasta qué punto estos espectáculos sirven de munición a los antitaurinos y consecuentemente se suman al pronóstico pesimista de la Fiesta. Haríamos bien en separar el grano de la auténtica Fiesta de la paja de estos espectáculos denigrantes. Empero, ironías de la vida, la afición podría verse obligada a proteger esta variedad atípica, a agarrarse a este clavo ardiendo, en cuanto que semilla de una reconquista o renacimiento de la Fiesta en el caso de abolición o extinción de la variedad auténtica.

Las tragedias propias de esos festejos burdos están exentas de toda dignidad. Esos muertos absurdos e inmorales en modo alguno sirven al espíritu hispano culto, gallardo y festivo. Si acaso se requiere la inmolación de víctimas, cosa harto discutible, que sean las dignas y justas, aceptadas y entendidas como en cualquier otra profesión arriesgada. Fuera de ésto, las víctimas de esos espectáculos denigrantes arrojan indignidad sobre la Fiesta genuina, a un tiempo trágica y gloriosa. Repárese que las reses muestran tanta más agresividad cuanto más maltratadas son. Súmese a ello la ausencia de capotes samaritanos prestos al quite, el alcohol, las drogas, la deficiente forma física, el cansancio y la impericia. Resultado: tragedia irracional, aberrante, inmoral, exenta de toda dignidad cargada en el debe de la Fiesta.

Hay que denunciar y renunciar a estos festejos por el bien de la Fiesta, con la que suelen identificarse, porque *éso* obviamente no es la Fiesta. Meter en el mismo saco un festejo digno, una corrida de toros seria con una suelta de reses al albur, para satisfacer instintos salvajes, revela ignorancia o mala fe. Tras las víctimas suelen emerger lamentaciones, reportajes truculentos y sesgados en los medios de comunicación y con ello la búsqueda irracional de responsabilidades y la lluvia de golpes en las anchas espaldas de médicos y agentes del orden, quienes, impotentes, contemplan atónitos el tremendo espectáculo. Ahí la verdadera Fiesta no tiene nada que ganar y sí mucho que perder.

Recordemos al maestro **Azorín** en *Castilla*: “*He visto en las fiestas pueblerinas esos festejos aberrantes que jamás podremos justificar, que no tienen nada que ver con las jubilosas, luminosas corridas*

de mi juventud en el coso de la calle Xátiva de Valencia. He visto esas cogidas tremendas en que un mozo queda destrozado, agujereado, hecho un ovillo, con las manos en el vientre...”

6.- LA DEFECCIÓN DE LOS JÓVENES. El tirón icónico

Lema del **XIX Premio Zúmel**, se trata de un hecho funesto, un auténtico talón de Aquiles de la Fiesta que compromete su renovación y grava onerosamente su futuro. Nadie se plantea por qué la Fiesta actual no seduce a la juventud. Todos creen necesario atraerla pero nadie pone demasiado empeño, acaso por desconocimiento de los métodos. No basta con acercarnos a los jóvenes con la afición en la mano. Hemos de ofrecer una Fiesta de toros pura, sincera y leal, exenta de vicios e indignidades.

Es preciso conocer el objeto de nuestro deseo, algo especialmente complicado y fuente de muchos quebraderos de cabeza para políticos, sociólogos, autoridades, jueces, economistas, médicos, psicólogos, educadores y maestros, es decir para la sociedad entera. Es cierto que gran parte de la juventud ha abandonado muchos de los valores y preceptos ético-morales tradicionales en cuyo seno se formaron sus padres y sus abuelos. Entre tales valores abandonados acaso se hallara el taurinismo, sin embargo no han sido sustituidos por otros más o menos equivalentes, sino por el vacío, la nada o por otros cuya validez se ha revelado negativa, indiferente o aún está por ver.

¿Por qué se alejan, por qué desertan de los cosos los jóvenes? se preguntan muchos tratadistas. Durante la llamada Transición se pensaba que los toros eran propios de la época de sus mayores, algo del pasado, es decir de una España vieja, caduca y rancia que deseaban olvidar. Después, se percataron que la juventud de hoy ignora casi todo del mundo taurino quizá porque no se ha prestado suficiente atención a este elemento primordial en la obligada labor didáctica.

Más tarde aún, asistimos al hecho de que, al menos una parte importante de la juventud, dada su indiferencia por todo, ha desertado de muchas cosas, v.g. de la cultura, la democracia, los museos, la convivencia, la familia, el trabajo, la lectura, la ciencia, el humanismo, el altruismo, el voluntariado, el ahorro, el deber, el sentido jerárquico y el respeto al otro incluso a sí mismo, para refugiarse en el materialismo, el hedonismo, el *pasotismo*, el nihilismo, el relativismo, la indisciplina, el sexo, la violencia, el alcohol, las drogas y la velocidad para matarse sobre cuatro ruedas. Por ello no es extraño que deserte también de las plazas de toros.

La Universidad y la Escuela en general son instituciones desdeñadas por los jóvenes tal como indica el alto índice de abandono y de fracaso escolar. En este aspecto, el taurinismo contrae una deuda impagable con profesores como **A. Amorós** y **R. Cabrera Bonet** que se esfuerzan por llevar la afición al ámbito estudiantil y combatir difamaciones acuñadas por la ignorancia y el tópico. Hoy, hemos de alabar la iniciativa de los Cursos de Tauromaquia de la **U.I. Menéndez Pelayo en Sevilla, Santander y Ronda** y los de la **Complutense en El Escorial y Almería**

Si aceptamos que la afición no nace sino que se hace, es evidente que el mecanismo inicial viene a ser, no la atracción por la Fiesta o por el espectáculo en sí, cosa que precisa de tiempo, de asiduidad y de una elaboración mental compleja, sino por uno o más *iconos* según el concepto psicopedagógico.

El *icono* ejerce sobre los jóvenes la atracción del tirón hacia una figura generalmente juvenil.

Gracias a los sentimientos de emulación y superación, tal figura se convierte en un ser emblemático revestido de todas las virtudes y potestades propias de un ser superior capaz de encauzar todas las potencialidades del joven. Hoy juegan este papel deportistas, artistas de cine y cantantes seguidos por multitudes enardecidas de jóvenes de ambos sexos. En el caso que nos ocupa, habríamos de contar con una figura joven de la torería, para que nuestra juventud sintiera el *tirón icónico*. Quizá en su día los becerristas hermanos **Bienvenida**, los **Dominguín, Palomo** y más recientemente **El Juli**, cumplieron con ese *rol* de héroes de la infancia que los niños de antaño evocaban en sus juegos e intercambiaban en sus cromos. Desafortunadamente, desaparecieron aquellas inefables cuadrillas de niños toreros que, hoy a buen seguro, cumplirían el papel mencionado.

A lo que se ve, la Fiesta ya no es fenómeno de masas. Acaso es mucha la competencia del fútbol y otros espectáculos o costumbres sociales. De un modo u otro, los aficionados no se renuevan en tanto que su edad media ronda los 45 años. Ese camino sólo conduce al final por consunción de una Fiesta languideciente entre las mismas caras de siempre, por ley de vida cada año más viejas, hecho demostrable sin el concurso de encuestas sociológicas. Sirva de ejemplo que, de los 197 abonos existentes en **Las Ventas** para jóvenes, esta temporada se han vendido solamente 78.

Es necesario atraer a la juventud en la medida en que es el futuro de toda actividad humana. Urge indagar el motivo de la defección de los jóvenes. Su falta de interés compromete seriamente la viabilidad de la Fiesta. Si la razón es económica procede reducir el precio de las localidades como se hacía antaño con las *localidades especiales para niños, estudiantes y militares sin graduación*. Si se trata de la calidad de los carteles recúrrase a la imaginación y la innovación, a la promoción de certámenes de los recortadores, de nuevos valores y a aquellas ternas que aunaban un torero veterano junto a una figura y un novel. Si se debe al desconocimiento, difúndase la realidad de la Fiesta, el ecosistema de la dehesa mediterránea, la importancia económica y ecológica de las ganaderías, la crianza del toro y la realidad vital de los profesionales.

Mas no nos engañemos. ¿Acaso alguien puede huir de donde nunca ha estado? ¿Realmente la juventud huye de la Fiesta? ¿No es más cierto que se ausenta de una de las facetas de la misma, precisamente la más digna, para acudir masivamente a la otra, la espuria, la seudofiesta?, cosa que no dice nada a favor de ésta... ni de aquéllos. Hemos de persuadir a los jóvenes que las capeas y algarradas desordenadas en que las reses sirven de blanco de toda agresión, jamás deben identificarse con la Fiesta genuina. Se trata del enfrentamiento del gozo estético y la gallardía frente a lo chabacano y lo plebeyo.

Más nos valdría copiar de los métodos de publicidad y fomento de los deportes que consiguen mantener constante el interés. Todo ello exige la existencia de un organismo específico estatal del que carece la Fiesta. La tarea de reconducir a los jóvenes en sus objetivos es ardua y exige una labor tenaz durante

generaciones comenzando por la escuela. De ahí que se trate de una batalla planteada a muy largo plazo cuya solución no está en manos del aficionado sino de las administraciones, toda vez que exige el conocimiento de los bienes culturales de la nación, del patrimonio, de los hábitos y aficiones sociales de los españoles.

7.- NEOANTITAUINISMO

Corren tiempos para España evocadores de aquellos machadianos *tiempos de mentira y de infamia*, aquellos en que nos la pusieron *pobre, escuálida y beoda*. Los enemigos acechantes, carroñeros de variada índole, de acuerdo con sus criterios catetos y centrífugos, creen llegado el momento de saltar sobre la presa débil e inerme y despedazarla a su antojo. Para ello han de neutralizar sus esencias más puras y genuinas, sus manifestaciones más nítidas y legítimas. Entre ellas se halla la Fiesta taurina, calificada por **Valle Inclán**, gallego eximio, como *síntesis y yunque del alma inmortal de España*. De ahí que se apresten al navajazo vil en lo que consideran el costado de la nación. A fe que no andan descaminados los enemigos históricos aliados en esta ocasión con ciertas mentes erráticas que dicen ver en los toros *residuos de la España vieja y negra* (j).

La Fiesta de toros ha creado, crea y creará detractores en tanto perdure. Hoy, los tiros vienen de ciertos foros políticos oportunistas, origen de un antitaurinismo coyuntural de nuevo cuño y nuevas motivaciones. De ahí que, en el momento actual, no sea políticamente correcta. Las razones de los políticos antitaurinos son harto discutibles en tanto que dispersas, arbitrarias y coyunturales. En general, suelen guardar una carta política (o sea, falsa) en la manga, ya de índole ecologista, ya animalista siempre al servicio de sus propios e interesados fines partidistas.

Una nueva modalidad de antitaurinismo asoma la oreja en la **Hispanoamérica** torera. Se trata de la nueva tendencia denominada *populista-indigenista* transmutada en santo y seña de ciertos políticos hispanoamericanos y matizada con un inevitable componente antihispánico. En realidad se trata de un neo-nacionalismo que precisa, como todos, de un enemigo real o inventado y de una clara voluntad de ruptura con el pasado y, en el caso que nos ocupa, con la herencia española.

Así las cosas, España, pese a los dos siglos de ausencia y pese a las barrabasadas perpetradas por el poderoso vecino del norte, ha de ser necesariamente ese enemigo sobre el que gravite la autoría de todos los males que afligen a las clases populares amerindias. Presumen que la recuperación del alma aborigen se ha de llevar a cabo mediante la abolición de toda huella hispánica de la que las corridas de toros son reflejo fiel. Es decir, en el delirio nacionalista, tanto doméstico como transatlántico, la Fiesta posee de intolerable su penetrante aroma hispano. Será curioso observar cómo logran la extinción.

Pero ya no están fray **Bartolomé de las Casas** ni fray **Toribio de Benavente** ni la misma **Reina Católica** y tantos otros protectores de los derechos humanos de la indiada, inspiradores de las **Leyes de Yndias**. Ahora, el papel de conquistadores (los *cortesés, pizarros, orellanas, desotos y ponces*) viene

dado por las instituciones empresariales que cooperan al desarrollo y crean trabajo, bien que portadoras de un terrible defecto: su vinculación española.

A los indigenistas se les plantea un gran reto porque, tal como dijo **José M^a de Cossío**: “*Al fin, con la emancipación, lo único que los hispanoamericanos aceptaron de España fue el idioma y los toros*”. Será curioso observar cómo logran desprenderse de tales cosas toda vez que la huella hispana en lo cultural, religioso, lingüístico, folclórico e identitario es densa, trabada y profunda.

Nos hallamos ante una idea excluyente, una más. Ya **Eugenio Noel**, un conspicuo detractor, consideraba la Fiesta de toros como elemento vertebrador entre los hispanos, de suerte que si se pretende arremeter contra España hay que ir necesariamente también contra los toros y viceversa. Veán de qué modo España se ve involucrada en estos arcaizantes problemas histórico-políticos de los que no puede zafarse porque se discute su propia esencia. El sofisma estriba en esas razones históricas interpretadas de modo torticero. La parte por el todo, ya se sabe. El error se halla en los objetivos fijados.

En nombre de un trasnochado resentimiento histórico se pretende volver a los orígenes amerindios y refundar la nación (no el Estado, ojo) aun cuando ello sea física y metafísicamente imposible. Éste y no otro es el condicionamiento del neoantitaurinismo surgido en Hispanoamérica, fenómeno que correría paralelo al caso hipotético de que los españoles pretendiésemos volver a nuestros orígenes celtíberos haciendo abstracción de romanos, godos o árabes.

8.- LA FIESTA Y LOS MEDIOS DE DIFUSIÓN

La Fiesta, en comparación con otras actividades lúdicas, recibe escasa atención por parte de los medios, clamor muy antiguo de la afición. Los espacios taurinos televisados, radiados o en prensa son escasos o se emiten en horario impropio, al parecer para hurtar la información a niños y jóvenes en aras de su pureza mental, bien que no existe inconveniente si se trata de facilitar a estas edades todo tipo de violencia, procacidad y lenguaje soez. Curiosa pedagogía.

La televisión en especial constituye un poderoso medio de información y difusión dotado de gran poder de persuasión social y, en definitiva, es el único modo de introducir los toros en muchos hogares, residencias, asilos y otras sedes colectivas. Ahora bien para que lleve a cabo una labor de proselitismo eficaz el espectáculo ha de ofrecerse con asiduidad junto a una publicidad en los medios adaptada a los tiempos. De sus efectos en el medio taurino **V. Zabala Portolés** aseguraba: “*es tal el poder de la televisión que, en 48 horas, puede fabricar una figura de la nada y puede hundir a otra consagrada*”.

Dicho queda que apenas se habla de toros en la medida en que apenas hay toros, toreros y faenas capaces de atraer la atención general. Hace un año parecía que la decisión de emitir toros iba a ser una realidad pero aquel ilusorio *G10* frustró las esperanzas. El presente año nos trae la iniciativa de **Talavante** relativa a su encerrona con *victorinos* en Las Ventas. El diestro ha señalado el camino en la búsqueda de una repercusión, de un eco que solo un espacio televisivo publicitario puede otorgar. El resultado del festejo es lo de menos. Se trata de un golpe de efecto, una apuesta valiente en concepto de inversión que

sólo merece plácemes en la medida en que ha logrado que su nombre suene con fuerza en la calle, que cualquier espectador se sienta identificado, que los medios se ocupen del evento, y en fin que se abra un camino nuevo, justamente lo que la Fiesta necesita.

Los festejos televisados, algunos de ínfima categoría (prescindiendo de las novilladas de promoción, por lo demás casi ausentes de la pantalla) significan un indiscutible apoyo a la Fiesta por parte del medio. Pero esto no es sino una faceta más del eterno problema calidad-cantidad.

Se echan en falta programas específicos didácticos, formativos e informativos. La simple retransmisión de una corrida rara vez cumple esos objetivos. Locutores y asesores, toreros o no, suelen afrontar el fraude con ánimo tolerante, benévolo y festivo, pastueño, festivalero y hasta jocundo. Los conceptos y consideraciones vertidos en pantalla no van dirigidos precisamente al aficionado pero tampoco al profano. Flaco favor hacen a la Fiesta.

Es innegable por parte del medio televisivo su poder contaminante, manipulatorio y distorsionante de la realidad, tanto de la Fiesta de toros como de cualquier otra actividad humana. De ahí que crea fundamentalmente teledictos mas no aficionados. Por si fuera poco, en muchos casos y en épocas de retransmisión indiscriminada, se pusieron de manifiesto las vergüenzas propias del medio taurino en forma de escandalosos fraudes cuya relación causaría sonrojo.

En alguna ocasión en que el fraude alcanzó cotas colosales los relatores guardaron un ominoso silencio o se dedicaron a la declamación lírica y folclórica y cosas por el estilo. Por lo general, salvo honrosas excepciones, el rigor y el amor por la Fiesta brillan por su ausencia en tanto que la única consigna parecer ser el *todo vale y el negocio es el negocio*.

Al poder de persuasión de la televisión venía a sumarse el económico en forma de una bonita lluvia de oro sobre empresarios, ayuntamientos, comunidades, ganaderos, toreros y otros personajes del entorno, es decir sobre la práctica totalidad de los estamentos taurinos. La crisis actual ha dado al traste con todo ello. Se calcula que el recorte del gobierno a la televisión viene a ser de 200 millones €/año, hecho que sin duda repercutirá en los festejos televisados.

En otro orden de cosas, se ha llegado a hablar de la *perversa influencia* que puedan tener los toros en la formación de niños y jóvenes. Es preciso atesorar una gran dosis de cinismo o la ignorancia de la realidad social digna de un extraterrestre para culpar a los toros de tal cosa. La auténtica perversión se halla en esos programas cobijados bajo las cuatro *ces* de la columna vertebral televisiva (*concursos, crímenes, culebrones y culos*), o bien en esos otros programas amorales, de ínfima calidad, cúmulo de argumentos soeces, personajes despreciables y lenguaje envilecido cuya retransmisión no repara en absoluto en los horarios frecuentados por la infancia.

Se ha dicho acertadamente que los niños originarios de países no taurinos no muestran en absoluto mayor bagaje ético que los procedentes de los taurinos. Existen abundantes pruebas de que no son más sanos, inteligentes, civilizados, racionales ni más solidarios que los hispanos.

Aspecto no desdeñable es el trato cualitativo que la televisión otorga a determinados reportajes en los que el morbo, el fatalismo, la truculencia y la superstición asoman la oreja en un alarde de mal gusto, mala voluntad, insidia o simplemente incultura. En este aspecto, cabe recordar un programa sobre la muerte de **Paquirri** en forma de repulsivo reportaje donde se aceptaba un pretendido *cartel maldito de Pozoblanco*, tal si se tratara de una maldición, de un *fatum* siniestro ligado a la Fiesta.

En pleno siglo XXI estas cosas sólo merecen una compasiva a la par que indignada sonrisa.

B) RAZONES DE LOS OPTIMISTAS: Cultura y jurisdicción

Realmente las razones para el optimismo son menguadas. Apenas si se reducen a los aspectos culturales y jurídicos de la Fiesta de toros, ambos estrechamente relacionados entre sí de suerte que, precisamente de la cultura inherente a la Fiesta, deberíamos obtener los medios para su protección. Sin embargo, el respeto que la Constitución inspira en los políticos, especialmente en los nacionalistas de donde proceden los más furibundos ataques, es prácticamente ausente.

En efecto, los aspectos culturales y jurídicos son acaso los únicos argumentos que permiten observar con optimismo el futuro en la medida en que el Estado es, ha de ser, garante de la supervivencia de la Fiesta en cuanto que **patrimonio cultural de los españoles** del que forma parte sustancial. El taurinismo hunde sus raíces en lo más profundo de la idiosincrasia hispana, un trasfondo milenario reminiscencia de la cultura mediterránea y, como tal, teñida de la autenticidad y barbarie propias de todo lo prehistórico. Los toros son cultura histórica de España, mito y símbolo hispánico. En Francia, incluso se hallan legalmente protegidos en virtud de la calificación de patrimonio inmaterial cultural de la nación.

Basta asistir a las fiestas de nuestros pueblos y al más modesto festejo taurino para percatarse de que el toro, su cultura y tradición se hallan profundamente arraigadas, de suerte que el fenómeno cultural no se agota jamás sino que, pese a su carácter efímero, trasciende su propia realidad y permanece fiel en el recuerdo. Es preciso desprenderse de posturas ideológicas o simbólicas que nada tienen que ver con valoraciones culturales y artísticas. De ahí que el espectáculo no sea obsoleto más que en la mente excluyente de algunos.

P. Gimferrer reconoce: *“los toros encierran un gran valor antropológico, humano, incluso poético. Se han escrito pocas cosas tan buenas como algunos poemas de tema taurino”*. Sin duda, el prestigioso intelectual barcelonés reflexiona, entre otros muchos, sobre el *“Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”*, de **García Lorca**, considerado como la elegía fúnebre más importante escrita en lengua Española. Si es ésto lo que algunos pretenden desterrar de la sociedad española, probablemente no han entendido una de sus manifestaciones más profunda, más telúrica: el triunfo de la inteligencia del hombre sobre la bestia irracional, *“representación viva de un drama existencial en la lucha del hombre contra la naturaleza, transmitida de generación en generación en el solar ibérico y en el Nuevo Mundo que hoy 500 años después perdura con sus peculiaridades”*, por utilizar palabras del venezolano **W. Cárdenas**.

Hemos recibido de la Historia un hermoso y singular legado. Es deber de los poderes públicos su protección, fomento y conservación. En la vertiente política, dicho queda que la transferencia de los toros a Cultura no pasa de ser un gesto apenas simbólico. Reparemos en la “**Ley del fomento de la cultura y la pureza de la Fiesta**” (1991) y la **Ley del Patrimonio Histórico Español** (1.985): “*Forman parte del patrimonio Histórico Español (...) las actividades que son o han sido expresión relevante de la cultura tradicional del pueblo español en sus aspectos materiales, sociales o espirituales*”.

En este sentido, el catedrático de Derecho **Tomás R. Fernández** recuerda que los poderes públicos están obligados a garantizar la conservación y a promover el enriquecimiento del patrimonio histórico cultural y artístico, de tal manera que la ley abolicionista catalana es claramente inconstitucional. La Generalidad poseería la potestad de regulación de lo taurino, nunca su prohibición en tanto que expresión relevante de la cultura tradicional.

Más aún, prosigue el citado jurista, la prohibición de las corridas de toros afecta a otros derechos fundamentales de los españoles, tal la libertad de elección y de ejercicio de profesión u oficio, la libertad de empresa, el derecho al trabajo, la libertad de creación y de expresión artísticas de los profesionales cuya condición de artistas asumen los Reales Decretos que otorgan las medallas de oro de las Bellas Artes. Pero un nacionalismo mal entendido y un europeísmo mal asimilado han dado al traste con semejantes conceptos.

Así lo corrobora J. **Segura Palomares**, escritor y periodista barcelonés: “*La negra conciencia de nuestra civilizada sociedad no se lava con el fariseísmo de la abolición de las corridas*”.

Por su parte, la UNESCO exige, para reconocer una actividad como patrimonio cultural de un pueblo, entre otras, *las tradiciones y expresiones orales ligadas y propias de tal actividad*. Se trata pues del acervo de recuerdos, anécdotas, preceptos, léxico y sentencias que componen la memoria del toreo, una memoria colectiva que los aficionados enriquecen día a día de forma individual y transmiten a su entorno.

El **escenario** de esa actividad cultural ha de ser asimismo objeto de la denominación de **Bien de Interés Cultural y Patrimonio histórico** en cuanto que se trata de joyas arquitectónicas, ya se trate de plazas mayores de ciudades y pueblos, ya calles o plazas de toros. En este sentido, la **Unión de Plazas Históricas** lleva a cabo una encomiable labor en la defensa de la integridad de tantos cosos antañones, verdaderas perlas de nuestro Patrimonio artístico abundantes en España y en Hispanoamérica, reliquias que cual libro abierto, permiten leer y recordar la mejor historia de la Fiesta de España.

Baste recordar la más que bicentenaria **Plaza de Acho** de Lima en pie de igualdad con los históricos cosos españoles de **Almadén, Almagro, Aranjuez, Azuaga, Béjar, Campofrío, Rasines, Santa Cruz de Mudela, Tarazona, Tembleque, Toro, Valverde de Camino, Zalamea la Real**, entre otras.

Así las cosas, los aficionados podríamos dar por hecho que la Fiesta de toros se halla garantizada por el Estado cuya obligación es la de respetar y hacer respetar la Constitución. Sin embargo, en la práctica se advierte una preocupante pasividad y tolerancia en el desarrollo de esta actividad sociopolítica primordial. Los nacionalismos han cometido graves deslealtades constitucionales en la mayor impunidad, tanto en la prohibición de los toros como en la denominada *inmersión lingüística*, un oprobioso atentado al idioma

español de incalculables consecuencias. Es muy doloroso constatar que la administración, en un claro ejercicio de dejación de funciones, de no beligerancia contra los transgresores, ha preferido mirar para otro lado, de suerte que poco o nada podemos esperar los aficionados.

Más aún, todo hace indicar que se ha llegado a un punto de no retorno.

EPÍLOGO

A modo de epílogo y síntesis bastaría revisar el sumario para percatarnos de la gran cantidad de factores inspirados por el pesimismo frente a la exigüidad de los optimistas. Los **reproches** del aficionado suelen apuntar a los presidentes por su permisividad ante el abuso y el fraude del medio toro; a los empresarios por la mercantilización y el afán de lucro; a los ganaderos por su falta de escrúpulos; a los veterinarios por su falta de criterio; a los toreros por su falta de profesionalidad y sus exigencias desmedidas y, en fin, a los poderes públicos por la permisividad del antitaurinismo anticonstitucional de claro matiz nacionalista, la onerosa fiscalidad y la multidependencia administrativa.

A su vez, los **fraudes** más dañinos contra la autenticidad, la emoción y la pureza del espectáculo son los vicios de la lidia, la manipulación del toro, el debilitamiento de su bravura, fortaleza y casta, y por último, los festejos indignos. No obstante, ante la negra perspectiva de la abolición, podría darse el caso paradójico e irónico de vernos obligados a proteger y fomentar la seudofiesta en su calidad de vivero y semillero previstos para un nuevo brote de la variedad selecta genuina.

Este complejo de factores altamente negativo puede arruinar la Fiesta o al menos ensombrecer su porvenir. Se deduce, pues, que su futuro depende de muchos factores pronósticos interrelacionados entre sí que damos en llamar los **Talones de Aquiles**. Son tantos, tan diversos, tan complejos y abruman de tal modo a la Fiesta que las perspectivas de futuro han de ser necesariamente inciertas, incluso sombrías, tanto más cuanto que la España de hoy se nos ofrece empobrecida, inculta, *zaragatera* y *triste* en el sentir machadiano, ayuna tanto de líderes e intelectuales como de horizontes, en suma, poco fiable.

A los aficionados no nos queda sino confiar en la **mala salud de hierro** de una Fiesta que, si bien en el momento actual se halla sometida a una doble y grave crisis (la económica global más la particular del espectáculo taurino), origen de la eliminación o de la reducción de categoría de muchos festejos, a buen seguro se ha visto sometida a circunstancias aún más graves que siempre ha sabido soslayar.

Veamos una Relación sucinta de los ***Talones de Aquiles***, es decir de los defectos, vicios y lacras que tan vulnerable hacen a la Fiesta.

Relativos a la Estructura general

- Pérdida de autenticidad
- Malos toros, peores toreros, pésimos aficionados, horribles gestores, críticos ignaros
- Abusos de toreros, apoderados, reconocedores, empresarios.
- El afeitado, la suerte de varas irracional, otros fraudes y vicios de la lidia,

- Las caídas de los toros (*si el toro se cae, la Fiesta se derrumba*)
- Altos presupuestos y costes, gastos generales desmedidos, agravados por la crisis económica
- La Seudofiesta, los festejos indignos, el folclorismo, el tipicismo populachero
- Antitaurinismos clásicos y neoantitaurinismo de matiz político

Retraimiento del número de espectadores.

- Espectáculo caro, obsoleto, de baja calidad y carente de emoción.
- Competencia del fútbol, otros espectáculos, costumbres sociales o de ocio
- Defección de la juventud.
- Incomodidad del coso, exposición a intemperancias climáticas
- Insuficiente publicidad. Desdén de los medios de difusión
- Crisis de la afición, falta de apoyo de la Administración,

Empresas

- Obsoleto entramado económico-comercial del negocio taurino
- Mercantilización, afán de lucro, codicia económica,
- Confección apresurada de carteles a despecho de resultados precedentes
- Falta de ideas, imaginación y afición
- Servilismo frente a figuras, despotismo con toreros noveles

Ganaderos:

- Falta de escrúpulos en la crianza, selección inadecuada,
- Pérdida de casta y fiereza del toro bravo.
- Saldo negativo en muchas ganaderías

Toreros:

- Afán de enriquecimiento rápido, peticiones desmesuradas
- Falta de afición (vergüenza torera)
- Afán desmedido de sumar festejos
- Excesiva dependencia de los despachos,

Administración

- Falta de un organismo estatal específico de la administración y gestión taurina
- Cánones onerosos, fiscalidad abusiva
- Multidependencia administrativa.
- Dispersión normativa,
- Reglamentismo excesivo, rígido, minucioso, errático, disperso y contradictorio.
- Deslealtad en la protección de la Fiesta en su condición de Patrimonio cultural

Presidencia.

- Permisividad ante el abuso y el fraude
- Falta de criterio homogéneo

Veterinarios:

- Falta de criterio en la selección y aptitud para la lidia.

Muchos aficionados, preocupados por los malos presagios, se preguntan si sobrevivirá la Fiesta.

M. Aguirre Díaz, Presidente de la Real Federación Taurina de España, responde: *“en tanto haya un toro bravo en el campo, un loco que se le enfrente con un trapo en la mano y otro loco que aplauda en el tendido, la Fiesta no perecerá”*.

Mas no se piense que esta cuestión es actual. Véase lo que escribía A. **Peña y Goñi** hacia 1.880: *“Aquí donde lo extranjero lo ha invadido todo, lo ha corroído todo, donde todo se ha transformado y se*

ha tambaleado al influjo de los tiempos y al choque de las circunstancias, sólo las corridas de toros han permanecido en pie, desafiando todos los cambios sociales y políticos”.

Ello pone de manifiesto que hace más de un siglo ya existían los mismos o similares problemas.

A su vez, **Ramón P. de Ayala** a la pregunta “¿Desaparecerán un día los toros?”, respondió: “*Nunca. Los toros no pueden morir. Moriría España*”.

Quizá es lo que se pretende.

- FIN -

MAYO 2013

Adrián Martín-Albo

XXV PREMIO LITERARIO TAURINO DOCTOR ZUMEL 2013

TEMA:

***EL PREMIO TAURINO DOCTOR ZUMEL EN SU 25 ANIVERSARIO
PERSPECTIVAS DE FUTURO DE LA FIESTA DE LOS TOROS***

Título:

MALA SALUD DE HIERRO

DATOS DEL AUTOR:

Nombre y apellidos: ADRIÁN MARTÍN-ALBO

Dirección: C/ Hilarión Eslava, 37. 3º A 28015 – MADRID

Teléfono 915 495 331 / Móvil : 600 536 103

e-mail: **martinalbo.adrian@gmail.com**